

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

111

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Juan Crisóstomo

HOMILÍAS SOBRE LA
CARTA A LOS ROMANOS/2

Introducción, traducción y notas de
Marcelo Merino Rodríguez



Ciudad Nueva

1ª edición: abril 2019

© Marcelo Merino Rodríguez

© 2019, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.es

ISBN: 978-84-9715-431-4
Depósito Legal: M-15.261-2019

Impreso en España

Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

INTRODUCCIÓN

En el volumen anterior de esta misma Colección hemos comentado algunos pormenores de las *Homilías sobre la Carta a los Romanos* compuestas por Juan Crisóstomo mediante sus predicaciones en la ciudad de Antioquía, cuando todavía era un joven sacerdote. Allí dejamos constancia de la biografía pertinente a esos años del orador antioqueno. También dedicamos unas páginas a señalar la procedencia antioquena y la cronología de esas *Homilías*. Pero la extensión de las mismas ha obligado a los editores a dedicarlas este segundo volumen.

En estas páginas introductorias queremos completar los aspectos correspondientes a las *Homilías* que faltan. Remitimos al lector un repaso de la Introducción del volumen anterior de esta misma Colección para tener una visión completa de esta obra del Crisóstomo, que se ofrece completa por primera vez en lengua castellana. Aquí nos limitamos a facilitar una mirada de soslayo al resto de las *Homilías* que no se tuvieron en cuenta en el volumen anterior.

1. Estructura y contenido de las últimas *Homilías*

En la *Homilía XVI* (Rm 9, 1-33) el orador antioqueno continúa exponiendo el amor de Pablo por Cristo, hasta el extremo de llegar a decir que preferiría ser anatema de Cristo. Ante la contradicción del Apóstol, el Crisóstomo se pregunta: «¿Qué dices, Pablo? ¿Prefieres estar separado

de Cristo, de aquel que tanto deseabas, de aquel del cual no podía separarte ningún reino, ni el mismo infierno? No te separaban las cosas visibles, ni las del entendimiento, ni cualquier otra cosa parecida, y, sin embargo, ¿ahora prefieres ser anatema de Él? ¿Qué ha pasado? ¿Acaso mudaste de opinión y abandonaste tu gran deseo?». Y el mismo orador pone en boca del Apóstol la siguiente expresión: «No, no lo dudes. Al contrario, mi deseo es mayor»¹.

Pero el deseo de Pablo era detener la blasfemia de los judíos contra Dios y, consecuentemente por amor a Dios es por lo que deseaba ser anatema. Los judíos, en efecto, reprochaban a Dios el no cumplir las promesas hechas a sus padres, y san Pablo les responde que las promesas de Dios se cumplieron perfectamente. Por eso los verdaderos descendientes de Abrahán según la carne son también los hijos de Dios, los que hacen en virtud de la promesa hecha a Abrahán.

Ante la objeción de por qué Dios hizo a los judíos unas promesas que Él sabía que no eran dignos de recibirlas, san Pablo no responde explicando este misterio —dice el Crisóstomo—, sino proponiendo otras dificultades a las que sus adversarios no pueden resolver: Dios es el único que sabe quiénes son dignos, y Él es también el único que elige y conoce los motivos de su elección; nadie, absolutamente nadie debe pedir cuentas a Dios: «Para pedir explicaciones a Dios hace falta tener las disposiciones que tiene el barro en manos de un alfarero. No solo no conviene contradecirle, sino ni siquiera plantearle preguntas; no conviene siquiera hablar, ni dar muchas vueltas al asunto. Hace falta, en cambio, ser como el barro, que no tiene alma, obedece a las manos del alfarero y es llevado adonde el artesano quiere»².

1. *Hom.*, XVI, 1, 2.

2. *Hom.*, XVI, 8, 1.

La parte final de la homilía está consagrada a exponer la no contradicción entre el poder de Dios y la libertad humana. Pero termina su disertación con la siguiente advertencia: «Acabará, por tanto, enseguida mi exposición, sin hablar más de la reforma de las costumbres, como suelo hacer, para no obscurecer con la multitud de precisiones la claridad de lo dicho. Es el momento, pues, de poner término oportunamente y cesar nuestro sermón, pronunciando la doxología del Dios del universo»³.

En la *Homilía XVII* (Rm 10, 1-13) el Crisóstomo resalta de nuevo la buena voluntad de san Pablo y su empeño en salvar también a los que son su pueblo, es decir, a los judíos; por ello explica la inutilidad de hacer valer la justicia de la ley mosaica, causa de su reprobación, pues ellos rechazan someterse al orden establecido por Dios para conducir al hombre a la auténtica justificación. Precisamente este orden no es otro que el de la fe en Jesucristo, que es el término y fin de la ley mosaica.

La consecuencia de todo ello la expone el Crisóstomo con estas palabras: «Lo mismo que negligencia y debilidad se oponen a la virtud que se consigue con las obras, porque alejan los esfuerzos, también conviene que el alma esté muy vigilante, para no sucumbir; así también cuando conviene creer, los razonamientos son unos alborotadores y muy dañinos para la mente por muchas cosas, y es necesaria una alma más robusta para rechazarlos»⁴. En verdad, la fe tiene mucho mérito, pues los hechos que son objeto de la fe son tan grandes que exigen una fe todavía mayor. Pero la fe no es difícil, porque aunque la encarnación y la resurrección de Jesucristo son difíciles de creer por sí mismas, la dificultad desaparece cuando se piensa que es Dios quien las realiza.

3. *Hom.*, XVI, 10, 6.

4. *Hom.*, XVII, 2, 3.

Contra la vanagloria esta dedicada la parte parenética de la homilía, donde el orador de Antioquía muestra la tiranía de dicho vicio y los males que hace sufrir en esta vida a quienes están dominados por ella: «Yo quisiera ser esclavo de mil bárbaros, que solo una vez de la vanagloria; porque los bárbaros no exigen de sus prisioneros lo que ella reclama a sus súbditos»⁵, concluye el Crisóstomo.

En la *Homilía XVIII* (Rm 10, 14 – 11, 6) puede verse cómo san Pablo trata de resolver todas las dificultades que los judíos plantean contra la fe en Jesucristo. La salvación depende de la invocación del nombre del Señor Jesús; invocación que depende de la fe, la fe de la audición, la audición de la predicación, y la predicación de la misión; ahora bien quienes han recibido esa misión son los apóstoles. En verdad, los milagros son una señal, pero la verdadera fuente de la fe es la audición de la palabra de Dios.

Los judíos no pueden decir que ellos no escucharon la predicación, porque ésta se extendió hasta los confines del universo; ni tampoco pueden afirmar que ellos no la comprendieron, pues las profecías de Moisés y de Isaías, respecto a la vocación y conversión de los gentiles, debieron abrirles los ojos. No obstante lo que más inculpa a los judíos es que el mismo Dios no cesó de llamarlos, y ellos se obstinaron en su incredulidad y en contradecir igualmente lo anunciado por los profetas. Las expresiones «yo fui visto» y «fui encontrado» indican la acción de la gracia, pero no excluyen totalmente el mérito de quienes vieron y encontraron. Por tanto, Dios no ha rechazado por completo a su pueblo.

Aquel a quien Dios ha previsto que habría de creer en Jesucristo, no ha sido rechazado. Ése viene a ser como

5. *Hom.*, XVII, 4, 1.

aquellos que permanecieron fieles en tiempo de Elías. Aunque la promesa se refiere a todo el pueblo, sin embargo únicamente se salvarán los que sean dignos y aquellos para quienes Dios ha reservado su elección y su gracia. Dios no ha rechazado a su pueblo –comentará el Crisóstomo–, pues si hubiera sido así no hubiera elegido a nadie, pero tampoco recibió a todos por el hecho de recibir Dios a algunos⁶.

Los últimos aspectos que esclarece la homilía versan sobre el agradecimiento a Dios. El orador antioqueno explica en qué consiste la verdadera acción de gracias: «Debemos ser agradecidos no solo con las palabras, sino también con las obras y las acciones. En efecto, el agradecimiento riguroso tiene lugar cuando practicamos esas cosas con las que Dios desea ser glorificado; y cuando huimos de aquello de lo que hemos sido librados»⁷. Finalmente se recuerda la excelencia del alma cristiana, que vale mucho más que toda la creación en su conjunto, y no falta tampoco la exhortación «a que sobre todo mientras vives ofrezcas la mayor parte de tus bienes a los necesitados»⁸.

El apóstol Pablo sigue demostrando en su carta que Dios no ha rechazado a su pueblo y así lo demuestra con la alusión a los profetas, pero a la vez tampoco deja de demostrar la ingratitud de los judíos mediante esos mismos profetas. También el Crisóstomo aprovecha su *Homilía XIX* (Rm 11, 7-36), para concretar la causa de la re-

6. Cf. *Hom.*, XVIII, 4, 3.

7. *Hom.*, XVIII, 5, 6.

8. *Hom.*, XVIII, 7, 6.

probación divina hacia los judíos y cómo esa descalificación no ha sido irreparable. Así, el Evangelio debía ser, y de hecho lo fue, anunciado en primer lugar a los judíos, pero éstos lo rechazaron y con ello consiguieron que los gentiles obtuvieran la primacía, y todo ello para que sirviera de emulación a los judíos⁹.

¿El rechazo de los judíos –pregunta el Crisóstomo a la luz de las advertencias paulinas– ha sido de tal utilidad al mundo que dicho pueblo no entrará en el seno de la Iglesia hasta el fin del mundo? Sí, responderá el orador antioqueno porque de esa manera el pueblo judío descubrirá la posición privilegiada que han perdido y por ello no deben desesperar; mientras que los gentiles pueden perder la perspectiva que han adquirido, y por ello no deben ser presuntuosos¹⁰. En definitiva, en primer lugar Dios dirigió su llamada a los judíos, cuando los gentiles eran incrédulos; pero ahora estos últimos deben su vocación a la incredulidad de los judíos. Ésta es la maravilla de la providencia divina.

Una vez más las palabras del orador de Antioquía se detienen en las verdaderas riquezas. Ni la virtud ni el vicio de los antepasados tienen repercusión alguna en sus descendientes, si ellos quieren. Finalmente la homilía alcanza el final con un nuevo elogio a la limosna: «El rico que no piense que es grande o el pobre no se desaliente porque ofrece poco; pues muchas veces éste da más que aquel. Por eso no hay que compadecer a aquellos en razón de su pobreza; porque la pobreza nos hace más fácil la limosna»¹¹.

El Crisóstomo, en su *Homilía XX* (Rm 12, 1-3) comenta únicamente tres versículos de la *Carta a los Roma-*

9. Cf. *Hom.*, XIX, 1-3.

11. *Hom.*, XIX, 8, 7.

10. Cf. *Hom.*, XIX, 4-5.

nos de san Pablo, donde el Apóstol de los gentiles alienta al cristiano a convertir su propio cuerpo en sacrificio vivo a Dios. San Pablo dirá que hay que transformar ese cuerpo renovándolo mediante el Espíritu. El Crisóstomo recordará en qué consiste esa renovación, indicando que la virtud no es únicamente una figura que ha pasado, sino una forma verdadera que permanece¹².

Mientras que el Apóstol utiliza un lenguaje sencillo y humilde, para resaltar más la soberanía de Dios y para recordar sus bienes, antes que sus leyes y preceptos, el orador antioqueno proclama «que lo que es útil para nosotros es lo que Dios desea, y lo que Dios quiere es lo entraña utilidad para nosotros»; y se pregunta: «Así pues, ¿qué es lo que Dios desea? Una vida en pobreza, en humildad, en desprecio de la gloria, en templanza, no en refinamiento, sino en aflicción, no en descanso, sino en duelo, no en disipación y risa, sino en la práctica de todas las demás cosas que nos ordena. Ahora bien, la mayoría presiente estas cosas, y así prescinden de ellas pensando que son útiles y voluntad de Dios»¹³. Por ello el Crisóstomo concluye en la importancia de la virtud de la humildad.

En efecto, el último punto de la presente homilía es una invectiva contra la vanagloria y el orgullo del ser humano. El razonamiento del Crisóstomo dice así: «Si la sabiduría consiste en conocer al Señor, la demencia consiste en no conocerlo, y si esta ignorancia proviene del orgullo—pues no conocer al Señor es el origen del orgullo—, entonces el orgullo es una demencia extrema»¹⁴.

El resultado final del orgullo es la división, por eso san Pablo acude al ejemplo del cuerpo humano, que es

12. Cf. *Hom.*, XX, 1-2.

13. *Hom.*, XX, 3, 1.

14. *Hom.*, XX, 4, 4.

uno solo, pero está compuesto de diversos miembros. De esta manera el orador de Antioquía, en el frontispicio de la *Homilía XXI* (Rm 12, 4-13), se plantea los siguientes interrogantes: «¿De dónde proviene la alta estima que tú te tienes?... O también ¿por qué otro se desprecia a sí mismo? ¿Acaso no formamos todos un solo cuerpo, tanto los grandes como los pequeños?... ¿Por qué te divides a ti mismo con el orgullo? ¿Por qué te avergüenzas de tu hermano?»¹⁵. Tanto Pablo como el Crisóstomo responden a los interrogantes con dos soluciones: todos somos miembros unos de otros y todos formamos un solo cuerpo. «Por ello –dice el antioqueno–, no hay que ser orgullosos, pues la gracia la has recibido de Dios, y no la has conseguido ni encontrado tú»¹⁶.

La diversidad de los miembros en un solo cuerpo y la de los dones, ambas acordadas por Dios, no indican una naturaleza distinta, sino que todos son igualmente dignos de consideración, tanto los miembros como los dones. De esta premisa deduce el Crisóstomo la importancia de la sinceridad de la caridad y lo que hace sólida la amistad; y como conclusión parenética el horror al mal que debe tener todo cristiano, que puede adquirir mediante la paciencia ante las adversidades y con la oración perseverante. Finalmente, otra vez más la compasión hacia los pobres cierra la presente homilía.

En la *Homilía XXII* (Rm 12, 14-21) explica el Crisóstomo las exhortaciones paulinas de cómo el cristiano tiene que comportarse con los que no son cristianos. Una vez que el Apóstol ha enseñado cómo comportarse con los de casa también da instrucciones para comportarse debidamente con los extraños. Estos motivos ofrecen la ocasión

15. *Hom.*, XXI, 1, 1.

16. *Hom.*, XXI, 1, 3.

para que el orador antioqueno presente igualmente las ventajas de la persecución que sufren los cristianos, y sobre todo resalte la paciencia frente a las injurias, puesto que «la persecución es una celebración, una fiesta, no una desdicha ni un disgusto»¹⁷.

El consejo paulino de tener todos los mismos sentimientos, los unos hacia los otros, es comentado por el Crisóstomo con esta sencillez: «Por ejemplo, ¿piensas que tú mismo eres grande? Piensa también lo mismo del otro. ¿Sospechas que el otro es insignificante y pequeño? Calcula lo idéntico sobre ti mismo y deshecha toda desigualdad. ¿Cómo se hace esto? Si destierras la demencia»¹⁸.

Pero también el orador antioqueno sabe distinguir bien las distintas situaciones en las que se puede encontrar el cristiano, por eso comenta: «Haz lo que dependa de ti mismo y no des a nadie motivo de guerra ni disputa, ni al judío ni al griego; pero si ves que la religión es atacada, no prefieras la concordia a la verdad, sino mantente con nobleza hasta la muerte; y tampoco polemices en tu alma, ni retuerzas tu intención, sino combate únicamente con las obras»¹⁹.

Como siempre el Crisóstomo se basa en el ejemplo de Dios, y por ello acude a los testimonios de la Escritura, sobre todo a aquellos pasajes en los que se ve cómo Dios castiga a los malvados y cómo se supera el mal con la abundancia del bien. Una vez más el ejemplo clarifica las ideas: «Incluso el púgil vence mejor no cuando se expone a sí mismo a recibir los golpes, sino cuando, puesto él mismo en medio obliga a su adversario a desplegar su fuerza contra el aire. Pues así él mismo golpeará y esquivará

17. *Hom.*, XXII, 1, 3.

18. *Hom.*, XXII, 2, 2.

19. *Hom.*, XXII, 2, 8.

toda la fuerza del otro; y esto es lo que también sucede respeto a las injurias»²⁰. Por ello el predicador termina su homilía haciendo una exhortación fervorosa a la paciencia frente a los agravios.

Esa misma paciencia hay que tener con las autoridades que gobiernan, y en este caso se trata de la sumisión frente a los poderes civiles, como evidencia la *Homilía XXIII* (Rm 13, 1-10). El Crisóstomo concreta «que no hay que entablar guerras inútiles y sin beneficio alguno. En efecto, son suficientes las hostilidades que tienen lugar contra nosotros por razón de la verdad, y no conviene añadir pruebas inútiles y sin beneficio alguno»²¹.

El cristiano no deberá avergonzarse de esa sumisión a las autoridades legítimamente constituidas, pues es querida por Dios. Ciertamente Dios aconseja sabiduría y el príncipe dice lo mismo mediante sus leyes; no hay que ser avaricioso y el que gobierna juzga al respecto; etc. Y concluye el Crisóstomo: «Por un doble motivo el príncipe es respetable: porque ha sido enviado por Dios y porque [ha sido enviado] para esa tarea»²². Por eso hay que tributarles honor y no temor.

La última parte de la homilía esta reservada por el orador antioqueno para exhortar vivamente sobre el amor a Dios y al prójimo, que es la «plenitud de la ley», afirma san Pablo, pues «no solo nos introduce brevemente en la doctrina de lo que hay que hacer, sino que también nos facilita la práctica de las buenas acciones. Ciertamente el amor no solo nos enseña lo que debemos saber –lo cual es propio de la ley–, sino también nos facilita una gran ayuda en la realización de esas cosas»²³, concluye el Crisóstomo.

20. *Hom.*, XXII, 3, 5.

21. *Hom.*, XXIII, 1, 1.

22. *Hom.*, XXIII, 2, 4.

23. *Hom.*, XXIII, 4, 3.

Nuestro orador, en su *Homilía XXIV* (Rm 13, 11-14) comenta la urgencia en la práctica de las buenas obras que tiene el Apóstol de los gentiles, pues el momento del juicio final está a la puerta y conviene que nos encuentre despiertos. Por ello explica el Crisóstomo: «si estás preparado y has cumplido todo lo mandado, tendrá lugar el día de la salvación; pero si has hecho lo contrario, no tendrá lugar»²⁴.

En un segundo momento el orador antioqueno se detiene a comentar detalladamente cuáles son las obras de las tinieblas y cuáles son las armas de la luz, concluyendo que hay que revestirse de Cristo, como afirma san Pablo y luchar contra el libertinaje, la embriaguez y la fornicación. También el Crisóstomo explica por qué el Apóstol, cuando habla del mal, menciona las obras del mal, mientras que cuando se refiere a la virtud no habla de sus obras, sino de las armas para conseguirla; la explicación no es otra que la demostración de que la virtud mantiene en completa seguridad y en total esplendor al que la posee.

A continuación el antioqueno señala a los que piensan que están despiertos, pero que en realidad se encuentran dormidos, y por eso el demonio, el ladrón nocturno, horada las paredes, mata a los que encuentra dentro y destruye la casa por completo. ¿Quiénes son esas personas que «roncan en la profundidad de la noche»? La respuesta es nítida: «Esas personas que ven una cosa por otra, escuchan una cosa por otra y no atienden a nada de lo que aquí se dice»²⁵.

La homilía concluye recordando la conveniencia de alejarse de los festines, donde reinan las orgías y las mesas de manjares suculentos. Precisamente esta manera de con-

24. *Hom.*, XXIV, 1, 1.

25. *Hom.*, XXIV, 3, 2.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

1. Estructura y contenido de las últimas homilías .. 5
2. La doctrina teológica de las Homilías 24
3. La presente edición 28

Juan Crisóstomo

*HOMILÍAS SOBRE LA
CARTA A LOS ROMANOS/2*

Homilía XVI	33
Homilía XVII	70
Homilía XVIII	87
Homilía XIX	110
Homilía XX	138
Homilía XXI	153
Homilía XXII	169
Homilía XXIII	182
Homilía XXIV	199
Homilía XXV	212
Homilía XXVI	233
Homilía XXVII	247
Homilía XXVIII	259
Homilía XXIX	269

Homilía XXX	285
Homilía XXXI	299
Homilía XXXII	317

ÍNDICES

Índice bíblico	333
Índice de nombres y materias	347